

LENGUAJE

LITERATURA

**PARA LA
ENSEÑANZA
PRIMARIA**

2

GRADO

EDITORIAL TOR

LENGUAJE
Y
LITERATURA

Este libro responde a los Programas aprobados por el H. Consejo Nacional de Educación el 17 de julio de 1939.

BIBLIOTECA DEL ESCOLAR

TOMOS PUBLICADOS

Para la enseñanza del CASTELLANO

1. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 1o. gr. inf.
 2. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 1o. gr. sup.
 3. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 2o. grado
 4. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 3o. grado
 5. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 4o. grado
 6. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 5o. grado
 7. L. H. Martínez Lenguaje y Literatura 6o. grado
-

LUISA H. MARTINEZ

LENGUAJE Y LITERATURA
para la enseñanza primaria

2.º GRADO

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD. — Queda
hecho el depósito que marca la
ley. — Copyright 1940, by
Luisa H. Martínez.

LENGUAJE



EJERCICIOS DE ORTOGRAFIA

Palabras correspondientes a
geometría:

bisectriz, círculo, circunferencia,
curva, curvilíneo, isósceles,
obtuso, segmento, semicírculo,
tangente, vértice, volumen.

Palabras correspondientes a
aritmética:

cociente, dividendo, divisor,
división, dividir, residuo.

Palabras correspondientes a
anatomía:

abdomen, amígdalas, bazo,
biceps, caja torácica, cerebro,
clavícula, coxis, esófago,
esternón, faringe, laringe,
occipital, omoplato, tórax,
ventrículo.

Uso de M antes de la P

campo — trompa — tiempo

empanada — campeón

empezar — trompeta.

Uso de la LL en las terminaciones “illo” — “illa”

chiquillo — grillo — mejilla

campanilla — sombrilla — martillo

tobillo — carretilla — amarillo

cuchillo.

La terminación azo, cuando significa golpe, lleva z:

garrotazo

pelotazo

trompazo

sartenazo

naranjazo.

El grupo NM:

inmediato conmover

inmortal inmenso

inmigrante inmodesto.

El grupo NN:

innovación

innecesario

innoble.

El grupo NV:

convidado convento

envoltorio invento

invierno inválido.

El grupo GN:

indigno	ignorante
insignia	resignación
insignificante.	

El grupo MB:

bombero	cambiar
ombú	embudo
tambor	bombo
cambio.	

La H no inicial:

alhaja

zaherir

cohete

alcohol

deshonra

deshabitado

albahaca

La X intervocálica:

examen

éxito

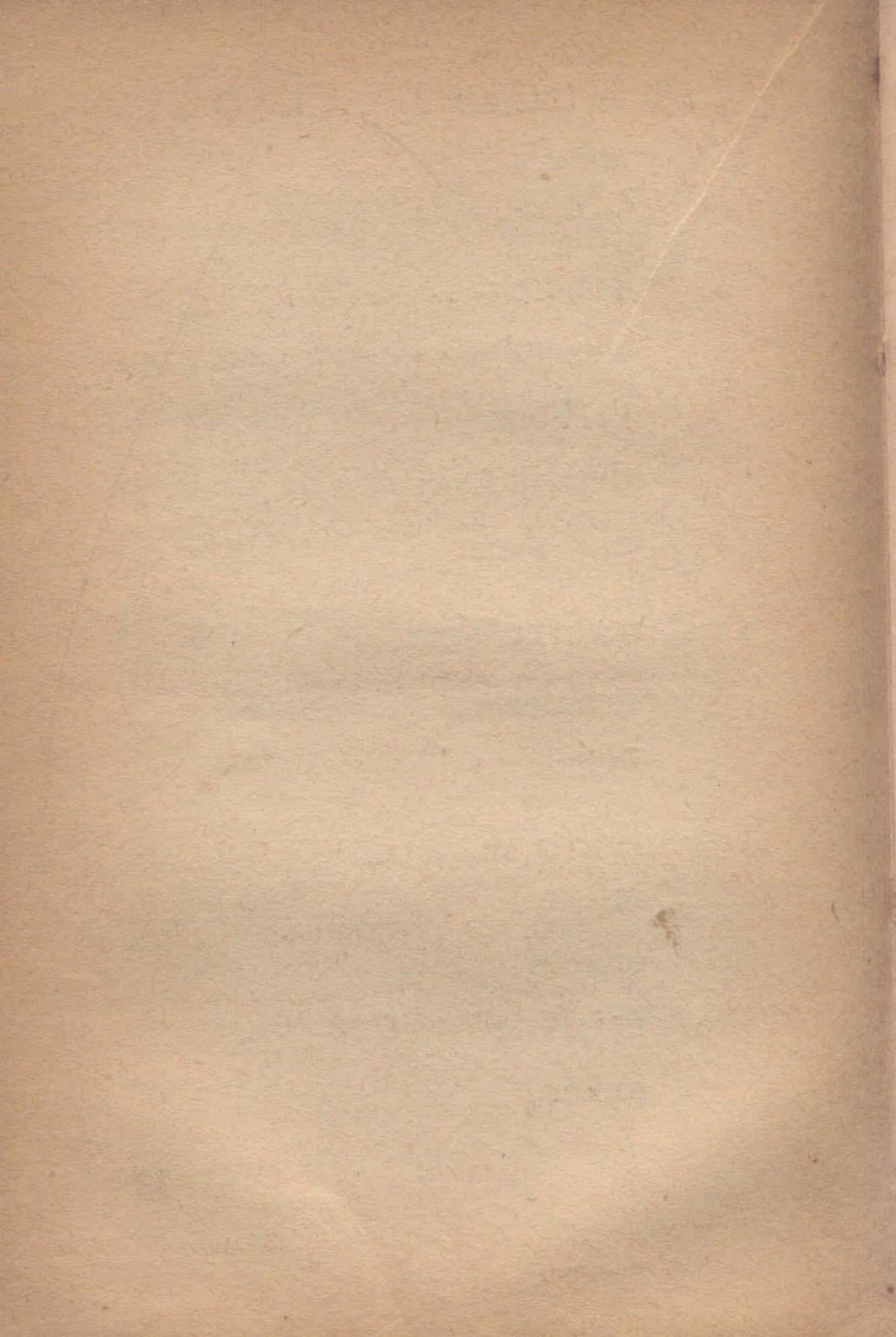
próximo

anexo

exacta

exigente

axila.



VOCABULARIO

LA CASA Y SUS PARTES:

- Zaguán, patio, galería, habitaciones, sótano, desván, azotea.
- Departamento, piso, planta baja.
- Comedor, dormitorio, escritorio, sala.

Sinónimos de habitación:

apuesto, cuarto, pieza.

Diminutivos de pieza.

piececita y piececilla.

Sinónimo de dormitorio:

alcoba.

UTENSILIOS DE LA COCINA Y DE LA MESA

Olla — marmita — cacerola — sartén — cucharón — espumadera.

— No debe decirse “el sartén”, sino “la sartén”.

— Olla, puchero y cocido son sinónimos aplicados a un plato de comida.

plato — fuente — vaso — copa —
taza — tenedor — cuchillo —
cuchara.

Nombres de utensilios terminados en **ero** y **era** y que sirven para guardar alimentos:

sal	salero
azúcar	azucarera
yerba	yerbera
salsa	salsero
ensalada	ensaladera
pimienta	pimentero
aceite	aceitera
vinagre	vinagrera.

Aceitera y vinagrera se designan con las palabras **alcuza** y **angarillas**.

VEHICULOS MARITIMOS Y FLUVIALES

canoa
carabela
transatlántico.

La canoa es el madero cavado que los indios utilizaban para navegar.

Era una embarcación estrecha y sin quilla, hecha de una sola pieza.

“Y el primero que a fuerza de hacha y de fuego vació el tronco de un árbol y se echó al agua en él, fué un semidios para los infelices que habían de pasar ríos y estuarios nadando como anguilas.”

(de “*Los Argonautas*”. Blasco Ibáñez.)

La carabela es “una embarcación de vela, ligera y de poco calado”.

La Niña, la Pinta y la Santa María, que usó Colón en su primer viaje para descubrir América, eran naves de ese tipo.

“La carabela era el buque más rápido de entonces. Todas las naciones habían adoptado esta nave de origen portugués. En algunos viajes llegaba a hacer 600 millas en 36 horas. Su poco calado le permitía maniobrar libremente en las costas peligrosas y entrar en los ríos. Pero tales ventajas suponían al mismo tiempo grandes riesgos. Sus capitanes necesitaban gran pericia y continua vigilancia para que el exceso de velas no las volcase.”

(Blasco Ibáñez.)

Idea de un transatlántico:

“Ayer me paseaba yo por el buque. Para recorrer la cubierta de abajo, que sólo ocupa el centro, necesitaba doscientos pasos; unas cuantas vueltas, y se siente uno fatigado como después de una marcha. Grandes salones, un café igual a los de las grandes ciudades, comedores en los que caben cientos de personas, largos y complicados pasillos, lo mismo que en los hoteles, dormitorios de alta numeración, almacenes, músicas, . . .”

(Blasco Ibáñez. *Los Argonautas*, Cap. II).

“Amplias mamparas de cristal ponen en comunicación los salones de música con los de lectura, los jardines de invierno, pavimentados de mosaico, con las galerías artísticas, llenas de objetos preciosos. Y todo es tan amplio, todo produce un efecto tan absoluto de calma, de quietud, de seguridad, que al cabo de poco tiempo llega uno a

perder el recuerdo de que se halla en el mar, y de pronto, al percibir en ciertos instantes el movimiento, experimenta extrañas sensaciones de cuento fantástico y se figura que está en un edificio que anda. . .”

(Gómez Carrillo, *El encanto de Buenos Aires*, El viaje).

Debe decirse

buque **de** vela

lancha **de** vapor

buque **de** hélice

embarcación **de** remo.

NO debe decirse

buque **a** vela

lancha **a** vapor

buque **a** hélice

embarcación **a** remo.

VEHICULOS TERRESTRES:

El **coche de plaza** o **coche de punto**, llamado también **simón** (esta palabra procede de Simón, un alquilador de coches en Madrid), es un vehículo arrastrado por caballos.

El que conduce el coche se llama **cochero**.

El **taxímetro** es el automóvil de alquiler y el que lo conduce es el **chófer**, palabra procedente de la francesa "chauffeur".

El **tranvía** es actualmente un vehículo eléctrico. Antiguamente había tranvías **de sangre** o de **tracción animal**.

El **tren** es una serie de carruajes o coches enlazados unos a otros, que conducen pasajeros y mercancías por ferrocarril.

El primer tren que circuló en la

Argentina iba de la plaza Lavalle a Floresta. La locomotora se llamaba "La Porteña".

EL TREN EXPRESO

La Noche

.....

Luego, a una voz de mando
Por algún héroe de las artes dada,
Empezó el tren a trepidar, andando
Con un trajín de fiera encadenada.
Al dejar la estación, lanzó un gemido
La máquina, que libre se veía,
Y corriendo al principio solapada,
Cual la sierpe que sale de su nido,
Ya al claro resplandor de las estrellas,
Por los campos, rugiendo, parecía
Un león con melena de centellas.

De pronto, atronadora,
Entre un humo que surcan llamaradas,
Despide la feroz locomotora
Un torrente de notas aflautadas,
Para anunciar, al despuntar la aurora,
Una estación, que en feria convertía
El vulgo con su eterna gritería,
La cual, susurradora y esplendente,
En las luces del gas brillaba enfrente,
Y al llegar, un gemido
Lanzando prolongado y lastimero,
El tren en la estación entró seguido
Cual si entrase un repital en su agujero.

El Día

El humo en ondulante movimiento
Dividiéndose a un lado y otro lado,
Se tiende por el viento
Cual la crin de un caballo desbocado.

Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
Verdura y aridez, calor y frío;
Andar tantos kilómetros por hora
Causa al alma el mareo del vacío;
Pues salvando el abismo, el llano, el
(monte,

Con un ciego correr que al rayo excede,
En loco desvarío
Sucede un horizonte a otro horizonte
Y una estación a otra estación sucede.

Las cosas que miramos,
Se vuelven hacia atrás en el instante
Que nosotros pasamos;
Y, conforme va el tren hacia adelante,
Parece que desandan lo que andamos:
Y a sus puestos volviéndose, huyen
En raudo movimiento (y huyen
Los postes del telégrafo, clavados
En fila a los costados del camino;
Y, como gota a gota, fluyen, fluyen,
Uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
Y formando confuso y ceniciento

El humo con la luz un remolino,
No distinguen los ojos deslumbrados
Si aquello es sueño, tromba o torbellino.

R. de Campoamor.



Tren expreso o directo:

el que por su rapidez une dos centros importantes, sin parar en las estaciones más chicas intermedias.

Tren mixto:

el que lleva coches de pasajeros y vagones de carga al mismo tiempo.

Tren correo:

el que transporta las piezas del servicio de correos.

Ferrovianos (palabras compuestas):

guardabarrera, guardafrenos, guardagujas, guardavía.

El guardabarrera cuida las barreras en los pasos a nivel.

El guardafrenos está encargado de los frenos en los trenes.

El guardagujas tiene a su cargo las agujas para los cambios de vías.

El guardavía debe vigilar un trozo de las vías férreas.

DILIGENCIA:

La diligencia es un coche grande de dos o tres compartimientos, tirado por caballos o mulas. Actualmente ha sido sustituida por los trenes

Con los trenes compiten los **ómnibus**, los **camiones**, los **colectivos**.

Los ómnibus son automóviles grandes para el transporte de pasajeros; los camiones llevan solamente mercancías y los colectivos son ómnibus más reducidos y más rápidos.

Trueba en “**Recuerdos de un viaje**” habla así de una diligencia española del siglo XIX, con tres compartimientos (interior, berlina y rotonda):

“Yo iba modestamente alojado en la rotonda. Como el movimiento del

carruaje, allí mucho más sensible que en la berlina y en el interior, me desencuadernaba los huesos, iba tri-
nando contra mi mala suerte, que no me había permitido desembolsar algunos duros más para gozar de la comodidad de mis vecinos, cuando vi que un hombre, que corría echando los bofes para alcanzar la diligencia, se encaramó en el estribo, a riesgo de romperse el bautismo...

(Recuerdos de un viaje'', I).

Debe decirse:

tranvía de sangre

tren de vapor

ferrocarril de sangre

tranvía de vapor

tranvía de tracción animal

compartimiento

NO debe decirse:

tranvía a sangre

tren a vapor

ferrocarril a sangre

tranvía a vapor

tranvía a tracción animal

compartimento.

EL VIENTO

Vientos suaves:

aura, brisa, céfiro.

Las palabras **aura** y **céfiro** no se emplean en el lenguaje oral y vulgar, sino en el lenguaje poético.

Hay diminutivos que son sinónimos de aquellas palabras:

vientecito — vientecillo.

Vientos impetuosos:

huracán, tornado, tifón.

“Sacude fieramente los árboles. Enloquece al jamelgo del coche no-
cherniego. Envuelve y vela los faro-
les eléctricos. Es la violencia y la os-
curidad. Echa su aliento, primero un
vaho caliente, luego un soplo frío.
Si este viento diabólico halla por de-
lante un muro, se da locamente con-
tra él. Por momentos parece un gi-
gante que empujara un murallón
con su hombro inmenso; que lo em-
pujara rabioso, con los dientes re-
chinantes y la respiración hecha ja-
deo”.

(Arturo Capdevila, “*Córdoba del
recuerdo*”, Cap. VIII.)

Viento frío: el cierzo.

Viento cálido: el simún.

El pampero: viento frío y seco.

El zonda: viento caliente.

PALABRAS COMPUESTAS

(“Porta” significa “lleva”)

Portafusil, correa que sirve para llevar el fusil al hombro o a la espalda. **Portalibros**, correas con que los escolares llevan sus libros y cuadernos. **Portamantas**, correas con que se llevan a mano las mantas de viaje. **Portamonedas**, bolsita o cartera para llevar dinero a mano. **Portanuevas**, persona que trae y lleva noticias. **Portapliegos**, cartera grande que sirve para llevar pliegos. **Portaviandas**, conjunto de cacerolas superpuestas que se usan para llevar comida caliente.

Cuando las plumas eran de ave, para escribir se tomaba la pluma. Con las plumas de metal lo que se toma es el mango o portaplumas. Sin embargo de ello seguimos di-

ciendo, y nadie puede censurar de incorrecta la expresión, tomo la pluma. En ese caso **pluma** designa el conjunto de **pluma y mango o portaplumas**.

RUDIMENTOS DE GRAMATICA

NOCION DE NOMBRE

Diego estudia — **Luisa** baila
Pedro pinta — **Horacio** escribe.

Diego, Luisa, Pedro y Horacio son **nombres propios** de personas.

Distinguir **nombres propios** de **comunes** en las siguientes oraciones:

Arturo es bueno
El caballo es veloz
Domingo canta
La flor perfuma
Un hombre corre
Feliciano salta
Voy a Rosario
Nació en París:

“Los dos substantivos, **pastor** y **Juan**, escribe Montoliú, sirven para nombrar la misma persona, pero de diferentes maneras. **Pastor** es el nombre de un oficio o de un grupo determinado de hombres que son iguales entre sí por lo que hacen. **Juan** es el nombre de un solo pastor determinado”.

“Yo me llamo **Ricardo**; mi hermana, **Luisa**; mi primo, **Leopoldo**, y mi prima, **Julia**. Cada uno tenemos nuestro nombre propio. Luego **Ricardo**, **Leopoldo**, **Luisa** y **Julia** son nombres propios.

“Un mirlo, un jilguero, un gorrión y un canario tienen todos el nombre de pájaro; luego pájaro es el nombre común de todos ellos. En mi casa hay dos perros que se llaman: **Leal** y **Medoro**. **Leal** y **Medoro** son nombres propios, y **perro**, nombre común”.

(Toro y Gómez, *Método de Lengua castellana*, primer libro, párrafo 99).

Los nombres propios se escriben con **mayúscula**: Rita, Oscar, Abelardo, Sara.

EL NUMERO GRAMATICAL

Los números gramaticales son

el **singular**
y el **plural**.

El singular expresa **uno**, el plural expresa **más de uno**.

Ejemplos

Singular:

moneda
hombre
un león
la tijera

Plural:

monedas
hombres
varios leones
las tijeras.

Montoliú en su "Gramática castellana" dice:

"Observad las diferencias entre cada uno de los sustantivos de los grupos que siguen:

libro, libros mesa, mesas

"La primera palabra de cada grupo nos indica un solo objeto de su clase: **un libro, una mesa**. La segunda palabra nos da idea de más de una o varias cosas de su clase: **varias mesas, varios libros**. En los dos grupos esta diferencia está expresada por la añadidura a la palabra más corta de otro sonido o letra, o sea s: **libro-s, mesa-s**.

"Una diferencia en la forma de una palabra que sirve para indicar si el objeto es uno o más de uno, se llama **número**.

“La forma de una palabra que significa un solo objeto, se llama número singular.

“La forma de una palabra que significa más de un objeto, se llama número plural.”

Ejemplos

Un **gato** maúlla.

Tráeme **flores**.

Limpia la **sartén**.

Pon allí las **nueces**.

Doce **meses** tiene el **año**.

Compré dos **compases**.

Hablé con **papá**.

Unos **leones** rugían.

EL GENERO GRAMATICAL

Los géneros gramaticales son

el masculino
y el femenino.

Son del género masculino las palabras que designan un hombre o un animal macho o cosas propias de ellos, como Pedro, caballo, albañil.

Son del género femenino las palabras que indican una mujer o animales hembras o cosas propias de ellas, como Juana, gallina, princesa.

Ejemplos:

Luis bebe

niña

el perro

el hombre

Luisa bebe

niño

la perra

la mujer.

USO DEL ARTICULO

Las partículas que se anteponen a los nombres y determinan el género y el número, se llaman **artículos**.

Ejemplo: Plancha **el** chaleco. Plancha **la** corbata. Plancha **los** chalecos. Plancha **las** corbatas.

El, la, los, las, son artículos.

Delante del nombre **masculino singular** se pone el artículo **el**:

el hombre
el niño
el caballo
el sombrero.

Delante del nombre **femenino singular** se pone el artículo **la**:

la nena
la silla
la señorita
la poltrona.

Delante del nombre **masculino plural** se pone el artículo **los**:

los hombres

los niños

los caballos

los sombreros.

Delante del nombre **femenino plural** se pone el artículo **las**:

las nenas

las sillas

las señoritas

las poltronas.

El, la, los, las, que sirven para indicar el género y el número de los nombres, se llaman **artículos**.

NOMBRES Y ACCIONES

Dorotea juega Alfredo baila
El perro ladra La vaca come.

En estas oraciones hay nombres propios y comunes, que son: Dorotea, Alfredo, perro, vaca.

Hay también palabras que expresan acciones:

juega	(jugar)
baila	(bailar)
ladra	(ladrar)
come	(comer)

Las palabras que expresan acciones, se llaman

verbos.

IDEA DE SUJETO Y PREDICADO

“Ernesto canta”.

¿De quién se habla en esta oración? Se habla de Ernesto: **Ernesto** es entonces el **sujeto**.

¿Qué se dice de Ernesto? Se dice que canta. **Canta** es entonces el **predicado**.

Sujeto es la cosa o la persona de la que se dice algo.

Predicado es lo que se dice del sujeto.

Señale el sujeto y el predicado en las siguientes oraciones:

el gato maúlla.

Benjamín lee.

el chico llora.

María borda.

COPULA Y PREDICADO NOMINAL

“Francisco es bueno.”

En esta oración **Francisco** es el **su-
jeto**, porque es la persona de la que
se habla;

es bueno es el **predicado**, porque
es lo que se dice del sujeto o sea
Francisco.

En el predicado **es bueno** hay que
distinguir la palabra **es**, o sea la **có-
pula**.

es bueno es el predicado total

es es la **cópula**

bueno es el predicado nominal.

“Alberto es ingenioso.”

Alberto (sujeto)

es (cópula)

ingenioso (predicado nominal).

EL VERBO

acción presente, pasada y futura

Trabajo **ahora** (acción presente)

Trabajé **ayer** (acción pasada)

Trabajaré **mañana** (acción futura)

Un verbo entonces puede expresar la acción en tres tiempos:

presente

pasado (o pretérito)

y futuro.

El **presente** se refiere a una acción que pasa en el momento en que se habla.

El **pasado** se refiere a una acción anterior al momento en que se habla.

El **futuro** se refiere a una acción que no ha pasado todavía.

Estudio: es del tiempo **presente**, porque lo hago en el momento en que hablo.

Estudié: es del tiempo **pretérito indefinido**, porque no digo si lo hice ayer o hace muchos días.

Estudiaré: es del tiempo **futuro imperfecto**, porque no afirmo cuándo ni digo que lo habré hecho para un determinado día.

Conjugación del modo indicativo:

El modo es la forma del verbo que presenta la acción como un **hecho** presente, pasado o futuro.

Ejemplo

Presente:

Yo	canto	nosotros	cantamos
tú	cantas	vosotros	cantáis
él	canta	ellos	cantan.

Pretérito o pasado:

Yo	canté	nosotros	cantamos
tú	cantaste	vosotros	cantasteis
él	cantó	ellos	cantaron.

Futuro:

Yo	cantaré	nosotros	cantaremos
tú	cantarás	vosotros	cantaréis
él	cantará	ellos	cantarán.

LOS VERBOS IRREGULARES

Cómo deben conjugarse

El verbo cantar del ejemplo precedente conserva siempre inalterable la parte radical o raíz **cant** que precede a la desinencia o terminación **ar**. El verbo cantar por eso es regular.

El verbo **apretar** no sigue esa regla. Comienza por conjugarse en el presente: **aprieto, aprietas, aprieta**, sigue luego con **apretamos, apretáis** y termina con **aprietan**. Por eso se llama irregular.

Ejemplos

Presente.

Aprieto, aprietas, aprieta, apretamos, apretáis, aprietan.

Pretérito indefinido.

Apreté, apretaste, apretó, apretamos, apretasteis, apretaron.

Futuro imperfecto

Apretaré, apretarás, apretará, apretaremos, apretaréis, apretarán.

Presente.

Yerro, yerras, yerra, erramos, erráis, yerran.

Pretérito indefinido.

Erré, erraste, erró, erramos, errasteis, erraron.

Futuro imperfecto.

Erraré, errarás, errará, erraremos,
erraréis, errarán.

Es un error conjugar:

apreto, apretas, apreta, apretan,
erro, erras, erra, erran.

Es un error añadir una s a la se-
gunda persona del singular y decir:

apretastes, errastes, cuidastes, di-
jistes.

Es un error conjugar enriedo, en-
riedas, enrieda, enriedan, en lugar
de enredo, enredas, enreda, enredan

EJERCICIOS DE COORDINACION

Tres oraciones simples:

Octavio escribe.

Raúl dibuja.

Sergio pinta.

se coordinan así:

Octavio escribe, Raúl dibuja
y Sergio pinta.

Las siguientes:

Alejo corre.

Alejo patina.

Alejo rema.

se coordinan así:

Alejo corre, patina y rema.

Las siguientes:

Elvira es baja.

Elvira es gruesa.

Elvira es rubia.

se coordinan de esta manera:

Elvira es baja, gruesa y rubia

Estas dos

Inés yerra.

Yo yerro.

se coordinan:

Inés y yo erramos.

Las siguientes:

Marta escucha.

Tú escuchas.

resultan coordinadas así:

Marta y tú escucháis.

Y éstas:

Rosa no miente.

Yo no miento.

se coordinan:

Ni Rosa ni yo mentimos.

LOS SIGNOS DE INTERROGACION

Las oraciones en que se pregunta o se interroga se llaman **interrogativas** y llevan los **signos de interrogación** ¿?, que se colocan uno al principio de la frase y el otro al final de ella. Ambos son imprescindibles sea la frase breve como: ¿Vino Juan? o larga como:

Rosa, ¿conque perdiste
la flor encantadora
que la noche te di de tu partida?

(Campoamor, *Todo se pierde*).

¿Ves aquel sauce, bien mío,
que, en doliente languidez,
se inclina al cauce sombrío,
enamorado tal vez
de las espumas del río?

(Obligado, *Hojas*).

LOS SIGNOS DE ADMIRACION

Las oraciones en que se exclama o se admira se llaman **admirativas** y llevan los **signos de admiración** ¡!, que van uno al comienzo y otro al final de la oración, sin tener en cuenta su extensión.

Ni el final ni el inicial puede omitirse; véase los ejemplos:

¡Cuán poco basta para ser feliz!

(R. Obligado, *Los horneros*, IV).

¡Los que tu suelo estéril fecundaron
con sangre de sus venas,
y anillo por anillo, las cadenas
de la oprobiosa esclavitud trozaron!

(R. Obligado, *Echeverría*, V).

EL PUNTO

El punto separa cada oración de la siguiente.

Ejemplos:

A perro flaco todo son pulgas.
Cada ollero alaba su puchero.
Cada oveja con su pareja.
Dádivas quebrantan peñas.
El buey suelto bien se lame.
La codicia rompe el saco.

“Sigamos caminando. Ya estamos en otro jardín de Castilla. Es el jardín de un antiguo y bello palacio. Fué bello el palacio hace tres siglos. Huyeron de él sus naturales y magníficos moradores. Desde entonces han pasado por él muchas gentes”.

(Azorín, “*Páginas escogidas*”, Los pueblos).

LA COMA

Ricardo es
inteligente
estudioso
esmerado
puntual.

Coordinando estas oraciones resulta la frase:

Ricardo es inteligente, estudioso, esmerado y puntual.

En ella aparece la **coma**, el pequeño signo ortográfico que separa dos oraciones diferentes, o dos o más sujetos, o dos o más predicados en la misma oración.

Ejemplos:

Raúl dibuja, Octavio escribe y Sergio pinta.

Ama a tus padres, les debes la vida.

La cocinera compró carne, arroz, harina, fideos y fruta.

Alejo patina, corre y rema.

El sol, la luna y las estrellas brillan en el cielo.

El sol sale, se eleva, descende y se pone.

Leones, tigres, elefantes y jirafas habitan las selvas de Africa.

CARTAS BREVES (BILLETES)

La **carta** es un papel escrito que una persona envía a otra para comunicarse con ella. El **billete** es una carta muy breve.

Ejemplos:

Mi buena Rosita:

Mamá te invita a pasar el día de mañana en casa.

Te espera y te saluda tu amiguita

Amelia.

Amigo Pedrito:

¿Puedes prestarme los cuentos de hadas que tienes? Pasaré el lunes a buscarlos. Gracias.

Tuyo, Pablo.

En las cartas o billetes, debajo del nombre de la localidad del que escribe, conviene siempre indicar las señas de su propio domicilio.

Ejemplo:

Buenos Aires, 2 de enero de 1940

Calle S. Lorenzo 2241.

Señor Joaquín Méndez.

Quilmes, F. C. S.

Mi querido amigo:

Para la excursión al Tigre la señorita maestra ha fijado el día jueves.

No faltes. Te espero aquí en casa.

Recibe el afecto de tu

Luciano.

LITERATURA

P R O S A

EL BUEN HOMBRE Y SU HIJO

—Señor conde Lucanor — dijo una vez Patronio, — un buen hombre labrador tenía un hijo mozo y de muy claro entendimiento, a quien el padre, fatigado por los achaques de la ancianidad, deseaba traspasar el gobierno de su casa. Pero no osaba hacerlo porque el mozo, que desconfiaba grandemente de sus propias iniciativas, dejábase gobernar, sin embargo, por el consejo del último con quien tropezara; y siendo tan diversos los pareceres como lo

son los hombres, creía con razón el padre que, regida del mozo, todo había de ser, hacer y deshacer en su hacienda: los viñedos serían destinados a labradío, cuando alguien lo aconsejara; los prados trocaríanse en monte y en huerta los olivares.

Queriendo que el mozo aprendiera a guiarse por su propia idea y no fuera juguete de ajenas opiniones, cierto día de mercado en la próxima villa el buen hombre determinó de ir allá con su hijo a pretexto de adquirir varias cosas que le faltaban.

Pusiéronse en camino, llevando por delante un borriquillo en que cargar lo comprado. De allí a poco se cruzaron con un grupo de labradores que regresaban ya de la villa. Saludáronse con un "¡Santos y bue-

nos días!", y así que hubieron pasado, díjole el buen hombre a su hijo:

—Párate un momento y escucha lo que van hablando.

Los caminantes decían, entre risas y bromas:

—¡Buen par de tontos! Los dos a pie y el burro sin carga.

—¿Qué te parece? — preguntó el buen hombre.

—Que dicen verdad — respondió el mozo: — ya que el borrico no va cargado no hay razón para que vayamos a pie ambos.

—Pues móntate tú en él — ordenó el padre.

Siguieron así un buen trecho, hasta que se cruzaron con un nuevo grupo de viajeros. Saludáronse con el "¡Santos y buenos días!", y así que hubieron pasado, díjole el buen hombre a su hijo:

—Párate un momento y escucha.
Los pasajeros decían:

—¡Jamás se vió tal! El cansado anciano a pie y el mozo fuerte a caballo.

—¿Qué te parece? — preguntó el buen hombre.

—Que llevan razón — respondió el mozo, — pues los trabajos más son para las fuerzas nuevas, que para las quebrantadas por los años.

—Pues apéate tú, que iré yo en el asno.

Hiciéronlo así, y de aquel modo fueron camino adelante, hasta que se encontraron con un nuevo grupo de aldeanos. Saludáronse con el “¡Santos y buenos días!”, y así que hubieron pasado díjole el buen hombre a su hijo:

—Párate un momento y escucha lo que van hablando.

Los labriegos decían:

—¿Habéis visto? El tierno mozuelo a pie y el hombre robusto, hecho a todas las fatigas del mundo, a caballo.

—¿Qué te parece? — dijo el buen hombre.

—Que no van descaminados — respondió el mozo, — pues quien más ha vivido, más acostumbrado está a toda especie de privaciones y trabajos.

—Pues monta detrás de mí, a la zaga.

Hízolo el hijo, y siguieron así un buen espacio, hasta que tropezaron con un nuevo grupo de campesinos. Saludáronse con el “¡Santos y buenos días!”, y así que hubieron pasado díjole el buen hombre a su hijo:

—Detengámonos un momento y oigamos lo que van diciendo.

Los rústicos decían:

—¡Buen par de zánganos! Reventarán al borriquillo antes de acabar la jornada.

—¿Qué te parece? — preguntó el buen hombre.

—Que no yerran — respondió el mozo, — pues tan débil es el asno que con nosotros dos sobre losomos apenas puede dar un paso.

Paró entonces el buen hombre a la cabalgadura, volvió el rostro atrás, y encarándose con el mancebo le dijo:

—Pues tú me dirás quién está en lo cierto y con qué consejo te quedas. Que de casa salimos los dos a pie y no faltó quien nos censurara por llevar al burro sin jinete; montaste luego tú y hubo quien no fué conforme con que cabalgara el mozo mientras caminaba el viejo; otro

halló mal lo contrario, cuando ocupé yo la albarda del asno, y por último, desagradó a otro que los dos nos acomodáramos en las espaldas de la bestia, y estas opiniones las fuiste tomando por tuyas. ¿Qué podremos hacer a gusto de todos? Por tanto, hijo, hagamos el bien según nuestra conciencia y despreciemos las hablillas de la gente. Así, por parecerme lo justo, iré yo montado y tú me arrearás la cabalgadura. ¡Con que vámonos ya! ¡Arre, burro!

Juan Manuel.

(Adaptación de R. M. Tenreiro).

LOS TRES HIJOS DEL REY MORO

Un rey moro tenía tres hijos y no sabía a cuál de ellos nombrar para sucederle en el trono. El padre era ya viejo y los nobles le suplicaban que señalara heredero, no fuera a perder la vida inesperadamente y los tres príncipes se disputaran la corona, turbando la paz del reino. Pero el Rey, después de haber meditado mucho tiempo, díjoles un día a los nobles que en el término de un mes conocerían a cuál de sus tres

hijos habían de honrar como a su futuro señor.

Los príncipes se habían criado lejos de la capital en un magnífico palacio rodeado de inmensos bosques y jardines, en los cuales los regios infantes jugaban el día entero, al cuidado de sus maestros y rodeados de otros muchos niños. Pero nunca habían salido fuera de los muros de la finca ni habían visto nada del mundo.

Una tarde, a los diez días de haber hablado con los nobles, presentóse el rey en el alcázar de sus hijos para pasar allí la noche, lo que solía hacer frecuentemente. Antes de acostarse llamó al mayor de los infantes y le dijo que al día siguiente temprano habían de salir juntos a caballo y que cuidara él de despertarlo,

El infante se quedó dormido por la mañana y fué menester que el rey le enviara a uno de sus camareros para hacerlo levantar de la cama.

Así que el infante estuvo de pie, entró en la alcoba del Rey, quien le dijo que se quería vestir y que fuera y le mandara al camarero que le llevara la ropa.

Fué el infante y le mandó al camarero que le llevara la ropa.

—¿Qué ropa quiere el Rey? — preguntó el camarero.

Volvió el infante y le preguntó al Rey qué ropa quería.

—Quiero la aljuba — dijo el Rey.

—Quiere la aljuba — le dijo el infante al camarero.

—¿Qué aljuba quiere el Rey? — preguntó de nuevo el camarero.

Volvió otra vez el infante y le

preguntó al Rey qué aljuba quería.

—La verde bordada con rosas — respondió el Rey. — La verde bordada con rosas — le dijo el infante al camarero.

Y así, con estas idas y venidas para cada cosa, llegaron a estar reunidas todas las prendas de vestir del Rey y procedieron a vestirlo los camareros.

Cuando estuvo vestido, díjole el Rey al infante:

—Ve y dile al caballerizo que ensille el caballo.

El infante fué y le dijo al caballerizo que ensillara el caballo.

—¿Cuál caballo? — preguntó el caballerizo.

—¿Cuál caballo? — preguntó el infante volviendo adonde tomaba el Rey chocolate.

—El caballo negro — dijo el Rey.

Volvió a salir el infante y le dijo al caballero:

—El caballo negro.

—¿Qué silla le pongo? — preguntó el caballero.

—¿Qué silla le pone? — preguntó el infante al llegar donde estaba el Rey.

—La de cuero tunecino — dijo el Rey.

—La de cuero tunecino — díjole el infante al caballero.

Hubo de volver aún a preguntar por el freno, por la espada, por las espuelas y por la escolta.

Cuando todo estuvo preparado, díjole el Rey al infante que no podía salir aquel día, que fuera él a la ciudad y se fijara mucho en todo lo que viera para contárselo cuando regresara.

El infante montó a caballo y fué

para la ciudad seguido de un brillante acompañamiento en el que iban todos los ricos hombres del reino y sus herederos, con muchos pendones y estandartes, al son de clarines y timbales.

Anduvo por la ciudad el infante, y vuelto al alcázar, donde habitaba con sus hermanos, díjole al Rey que todo le había parecido muy bien, pero que chillaban mucho los clarines y hacían demasiado ruido los timbales.

Fuése el Rey para la ciudad y al cabo de otros diez días volvió a pasar la noche en el palacio de sus hijos. Antes de acostarse, llamó al mediano de los príncipes y le dijo que al día siguiente muy temprano habían de salir juntos a caballo y que cuidara él de despertarlo.

Con él ocurrió todo, punto más,

punto menos, como con el hermano mayor, y el Rey, después de haberlo probado, se volvió para la ciudad, de la cual regresó al alcázar de sus hijos pasados otros diez días. Antes de acostarse, dijo al infante más joven el encargo que había dado a sus otros dos hijos, y el infante madrugó tanto, que cuando despertó el Rey lo encontró a los pies de la cama velando su sueño.

Y así que lo vió despierto, fué a postrarse a los pies del Rey y le pidió su mano para besarla. El Rey le dijo que mandara al camarero que le llevara la ropa para vestirlo.

El infante le preguntó detalladamente qué ropa quería para ponerse, desde la camisa al capellar y del turbante a las babuchas; fué, lo trajo todo, y no consintió que camarero alguno vistiera al Rey, si-

no que él mismo lo hizo, diciendo que se tenía por muy dichoso con prestar a su padre cuantos servicios dependieran de sus manos.

Cuando el Rey estuvo vestido y calzado, mandó al infante que le hiciera ensillar el caballo. Antes de irse, el infante se informó muy por lo menudo en qué caballo quería cabalgar, con qué silla y arneses y qué caballeros quería llevar en su compañía. En un instante fué todo dispuesto.

A punto de montar en los caballos dijo el Rey que no le era posible salir aquel día, que se fuera él a la ciudad y reparara bien en cuanto viera para referírselo a su regreso.

Partió el infante, con la misma escolta lucidísima que habían llevado sus hermanos, y llegado a la

ciudad, hizo que le enseñaran las calles, el alcázar, la torre donde tenía el Rey sus tesoros, las mezquitas, los palacios en que habitaba la nobleza y las casas del pueblo. Después recorrió las murallas de la ciudad y fué considerando muy atentamente fortalezas, fosos, puertas y puentes. Por último, hizo salir al campo de ejercicios un regimiento de soldados y les mandó ejecutar cuantas evoluciones y ejercicios supieran. Ya de noche llegó de vuelta al palacio donde vivía con sus hermanos.

El Rey lo esperaba lleno de ansiedad, y no bien hubo llegado el infante retiróse con él a una apartada cámara y fué interrogándole muy despacio sobre cuanto había visto, de lo que el mancebo daba cuenta con mucha inteligencia.

Terminadas las preguntas, díjole el padre:

—Bueno, pues dime ahora qué juicio has formado de todo eso.

—Bien lo diría — respondió el infante — si no fuera que el respeto me amarra la lengua.

El Rey le mandó hablar, y como el infante se resistiera, acabó por amenazarle con arrojarlo en la más tenebrosa mazmorra si no le descubría su pensamiento.

—Pues ya que os empeñáis en saberlo — dijo el infante — os diré que me parece que no debéis ser tan buen Rey como anuncia la fama.

—¿Cómo es eso? — díjole el padre.

—Porque si lo fuerais, con los tesoros y hombres que poseéis, habríais conquistado el mundo entero.

Gozóse el padre muy de corazón

de que el animoso infante así lo demostrara, y a la otra mañana juntó en el palacio a sus nobles y presentándoles al más joven de sus hijos, les dijo:

—Ved aquí a mi heredero.

Juan Manuel.

(Adaptación de R. M. Tenreiro)

EL PAÑO MARAVILLOSO

Tres burladores vinieron a un Rey y le dijeron que eran muy grandes maestros en el arte de hacer paños de tan maravillosa calidad, que para todos eran visibles menos para quien fuera hijo de padres ladrones.

Agradóle mucho al Rey la noticia, porque pensó que, poseyendo uno de tales paños, podría saber cuál familia de sus caballeros y servidores venía de padres honrados y cuál de ladrones, y pidió a los

burladores que le hicieran una pieza de aquel maravilloso tejido.

Los burladores, antes de tejerlo, pidieron al Rey grandes cantidades de hilillo de oro y plata y madejas de lana y seda de todos colores, y para que viera que no lo querían engañar, le propusieron que los tuviera encerrados, con sus telares, en uno de sus palacios, por todo el tiempo que durara el trabajo.

Hízose como ellos lo proponían: los condujeron con todos sus instrumentos a una casa de campo del Rey; instaláronlos en una sala donde nadie pudiera verlos, y tres veces cada día, de la propia mesa real, se les servían los vinos y manjares en gran abundancia. El palacio entero retumbaba con el ruido de los telares durante todo el día.

Al cabo de medio mes de incesante labor, los burladores mandaron decir al Rey que les enviara más oro, plata, lanas y sedas, pues ya era consumido los que les había dado.

El Rey, antes de entregarles mayor cantidad de tan preciosas substancias, mandó a la casa de campo a uno de sus cortesanos para que viera si iba adelantado el trabajo.

Los burladores recibieron muy bien al cortesano y antes de llevarlo donde estaban los telares, le explicaron la maravillosa condición del paño que sólo podía ser visto de quien fuera hijo de padres honrados. Acercáronlo después a un telar, ante el cual se puso a hacer como si trabajara uno de los burladores, y el cortesano, con gran maravilla, vió cómo la lanzadera, en me-

dio del estrépito de todo el artefacto, iba y venía de uno a otro lado, entre una invisible urdimbre, sin que se viera su labor de trama.

Palideció el cortesano, sospechando si sería hijo de padres ladrones cuando nada veía de lo que aquel hombre ejecutaba; mas por no dejar conocer su turbación, púsose a alabar el primor con que el tejido iba realizado. Entonces los burladores, llevándolo por el otro lado del telar, fingieron mostrarle lo que ya tenían hecho del paño. Levantaban sus manos en el aire, como si sostuvieran una larga tela entre ellas, e iban describiendo los grandes lirios de plata, que decían haber tejido sobre el dorado fondo del paño, y la fresca guirnalda de rosas, que, según ellos, corría por todo el borde. El cortesano, cuando

menos veía, más redoblaba sus signos de admiración. — ¡Qué rosas! ¡Qué lirios! ¡Qué entonación! ¡Qué dibujo! — no fueran a sospechar los maestros tejedores la mancha de su origen. No bien llegado a palacio, díjole al Rey que había visto el paño, y entre grandes muestras de admiración repitió la pintura que de las labores tejidas en él le habían hecho los burladores.

Los cuales siguieron comiendo y bebiendo a cuenta del Rey, en su salón del palacio de campo, en el cual resonaba todo el día el diligente estruendo de los telares. Y un mes después, fingiendo haber agotado los materiales de su trabajo, para terminar su obra pidieron otra vez al Rey nuevas cantidades de oro, sedas y plata, amén de

perlas y esmeraldas que prender sobre las flores del paño.

En propia persona, quiso entonces el Rey ir a ver el maravilloso trabajo. No bien hubo llegado a las puertas del palacio, los burladores interrumpieron la batahola de los telares y fueron a postrarse a los pies del Rey, pidiéndole las manos para besarlas. Después, con ademanes de profundísimo respeto, condujeron al Rey ante los telares, y mientras uno de ellos hacía marchar el estrepitoso artefacto, los otros rogaban al Rey que reparara en lo numerosos que eran los cientos de hebras de la urdimbre y con qué perfección realizaba la lanzadera su trabajo. El Rey miraba y miraba, lleno de asombro y temor, y nada veía sino el tejemaneje de una lanzadera sin hilo entre los

desnudos bastidores del telar. Una crudelísima sospecha relampagueaba en su ánimo: — ¡Cielos! ¡Seré yo el hijo de un ladrón! — y a punto estuvo de caer desmayado. Rehízose como pudo, y atendió a las explicaciones de los maestros, quienes hicieron primero como si desarrollaran una larga tira de paño, y como si la sostuvieran en alto, cogida por ambos bordes, con mucho cuidado para que el precioso tejido no se rozara contra el suelo, al tiempo que iban explicando al Rey las labores del paño: los lirios de plata sobre el dorado fondo, la doble cenefa de rosas de varios colores, el escudo de armas labrado en el centro de la prodigiosa pieza. Y el Rey, convencido ya de la escasa honradez de sus padres, atentó a disimularla, fingió

lo mejor que supo ver ante sí cuanto anunciaba la lengua de los bur-ladores.

Llegado a su palacio, pasóse toda la noche sin poder dormir, en la desesperación y la vergüenza de sentir que había sido un ladrón el Rey su padre.

Por la mañana, con la esperanza remota de que le hubieran engañado los tejedores y poder restaurar en su interior la buena fama de su padre, mandó a su primer ministro a que viera el paño maravilloso, y aquél regresó al palacio campes-tre, entonando grandes alabanzas de la obra, y pintando uno por uno sus lirios y guirnaldas.

No conforme aun el Rey, envió allá al ministro de la Guerra, y al Obispo, y al principal de sus médi-cos, y al jefe de las cocinas y todos

regresaron deshaciéndose en exclamaciones de asombro, al referir la hermosura del paño. Nunca cosa tal se había visto, según testimonio de todos, y el Rey no conseguía ver nada.

Convencido ya de los latrocinios paternos, puso todo su empeño el monarca en que nadie llegara a sospechar que no veía él el paño, no fuera a divulgarse el vergonzoso hecho, y sus súbditos lo derribaran del trono, no queriendo ser regidos por un hijo de ladrones. Por ello, el día en que los burladores fingieron traer con toda solemnidad el paño, envuelto en finísimos lienzos, e hicieron como si lo desenvolvieran en el salón del trono, en medio de las exclamaciones entusiasmadas de los cortesanos, el Rey ordenó que de aquel precioso paño le

hicieran, con toda urgencia, un traje, para lucirlo en la fiesta del santo patrón del reino, que se celebraba de allí a dos días.

Los propios burladores se encargaron de la hechura: tomáronle medidas al Rey, con grandes tijeras fingieron cortar el invisible paño, y después dieron a entender que cosían los varios trozos formando las diversas piezas del precioso traje.

Llegada la mañana de la fiesta, ellos mismos fueron a ataviar al monarca. Hicieron como si le pusieran y ajustaran la maravillosa vestimenta, y el Rey, echando mano de todo su valor, pues él se veía en camisa y con las piernas al aire, con la cabeza erguida y nobles ademanes de majestad, atravesó entre las filas de los maravillados corte-

sanos, que a gritos alababan la preciosidad del traje; bajó la escalinata de mármol del palacio, y en el patio montó en un soberbio caballo blanco, para dirigirse a la misa solemne que en la catedral se celebraba. 55

Todo el pueblo sabía ya la maravillosa cualidad del presunto traje — pues buen cuidado habían tenido de divulgarla los autores del paño — y no hubo nadie que, a pesar de ver al monarca en camisa, muy tieso y grave sobre la silla del caballo, dejara de ponderar la maravilla del vestido.

Así llegó el Rey a la catedral, donde echó pie a tierra y fué solemnemente recibido por el Obispo y cabildo, quienes bajo palio se disponían a conducirlo hasta el altar mayor, cuando un sacristán, por

más señas, borracho, metiéndose en medio de los dignatarios de la iglesia, dijo a grandes voces:

—A mí no me importa ser tenido por hijo de ladrón, que ni yo ni nadie sabemos quién fué mi padre, y por eso digo que estoy cierto de que el Rey ha venido en camisa a la catedral.

Y cuando esto hubo dicho, un pilluelo que lo oyó clamó entre grandes risotadas:

—Sí, sí; verdad es: el Rey está en camisa.

Y así, primero entre el pueblo que llenaba la plaza de la catedral a lo último entre los señores y clero que rodeaban al soberano, se vino a reconocer, en alta voz, por todo el mundo, que el Rey había ido en camisa a la catedral.

Montó en gran cólera el monar-

ca y ordenó que buscaran a los bur-
ladores que en tan ridículo paso lo
habían puesto, para hacer terrible
escarmiento en ellos. Pero los bur-
ladores estaban ya a buen salvo, a
todo correr de sus caballos, lleván-
dose consigo cuanto oro, plata, se-
das y piedras preciosas les había da-
do el Rey para tejer el maravilloso
pañó.

Juan Manuel.

(Adaptación de R. M. Tenreiro).

EL POTRILLO ROANO

I

Cansado de jugar a “El tigre”, un juego de su exclusiva invención y que consiste en perseguir por las copas de los árboles a su hermano Leo, que se defiende bravamente, usando los higos verdes a guisa de proyectiles, Mario se ha salido al portón del fondo de la quinta y allí, bajo el sol meridiano y apoyado en uno de los viejos pilares, mira la calle, esperando pacientemente que

el otro, encaramado aún en la rama más alta de una higuera y deseoso de continuar la lucha, se cansa a su vez de gritarle “¡zanahoria!” y “¡mulita!”; cuando un espectáculo inesperado le llena de agradable sorpresa .

Volviendo la esquina de la quinta, un hombre, jinete en una yegua panzona, a la que sigue un potrillito, acaba de enfilear la calle y se acerca despacio.

—¡Oya!...

Y Mario, con los ojos muy abiertos y la cara muy encendida, se pone al borde de la vereda, para contemplar mejor el desfile.

¡Un potrillo!... ¡Habría que saber lo que significa para Mario, a la sazón, un potrillo, llegar a tener un potrillo suyo, es decir, un caballo proporcionado a su tamaño!...

Es su “chifladura”, su pasión, su eterno sueño... Pero, desgraciadamente — y bien lo sabe por experiencia, — sus padres no quieren animales en la quinta, porque se comen las plantas y descortezan los troncos de los árboles.

Allá en “La Estancia”, todo lo que quieran... — es decir, un petiso mañero, bichoco y cabezón — pero allí, en la quinta, ¡nada de “bichos”!

Por eso, Mario va a conformarse como otras veces, contemplando platónicamente el paso de la pequeña maravilla, cuando se produce un hecho extraordinario.

En el instante mismo en que lo enfrenta, sin dejar de trotar y casi sin volver el rostro, el hombre aquel que monta la yegua y que es un mocetón de cara adusta y boina

colorada, suelta a Mario esta proposición estupenda:

—¡Che, chiquilín!... ¡Si querés el potrillo ese, te lo doy!... ¡Lo llevo al campo pa matarlo!...

Mario siente al oírle que el suelo se estremece bajo sus pies, que sus ojos se nublan, que toda la sangre afluye a su cerebro, pero ¡ay!... conoce tan a fondo las leyes de la casa que no vacila ni un segundo, y rojo como un tomate deniega avergonzado:

—¡No!... ¡gracias! ¡no!...

El mocetón se alza ligeramente de hombros y, sin agregar palabra, sigue de largo, bajo el sol que inunda la calle y llevándose, en pos del tranco cansino de su yegua, a aquel prodigio de potrillo roano que trota airosamente sobre los terrones de barro reseco y que, con

su colita esponjada y rubia, hace por espantarse las moscas como si fuera un caballo grande...

—¡Mamá!...

Y desbocado como un potro, bajo el acicate de una reacción repentina y sin tiempo para decir nada a su hermano, que ajeno a todo y siempre en lo alto de su higuera, aprovecha su fugaz pasaje para dispararle unos cuantos higos, Mario se presenta bajo el emparrado, llevándose las cosas por delante:

—¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá!

La madre, que cose en un sillón a la sombra de los pámpanos, se alza con sobresalto:

—¡Virgen del Carmen! ¿Qué, m' hijo, qué te pasa?

—¡Nada, mamá, nada... que un hombre!...

—¿Qué, m'hijo, qué?

—... ¡Que un hombre que llevaba un potrillito precioso me lo ha querido dar!...

—¡Vaya, qué susto me has dado! — sonríe la madre entonces; pero él, excitado, prosigue sin oírla:

—¡Un potrillo precioso, mamá, un potrillito roano, así, chiquito... y el hombre lo iba a matar, mamá!...

Y aquí ocurre otra cosa estupenda, porque contra toda previsión y toda lógica, Mario oye a la madre que le dice con un tono de sincera pena:

—¿Sí?... ¡Caramba!... ¿Por qué no se lo aceptaste? ¡Tonto! ¡Mire ahora que nos vamos a “La Estancia”!...

Ante aquel comentario tan insólito, tan injustificado y tan sorprendente, el niño abre una boca

de a palmo, pero está “tan loco de potrillo” que no se detiene a inquirir nada y con un: “¡Yo lo llamo, entonces!”... vibrante y agudo como un relincho, echa a correr hacia la puerta.

—¡Cuidado, hijito! — grita la madre.

¡Qué cuidado!... Mario corre tan veloz, que su hermano a la pasada no alcanza a dispararle ni un higo.

Al salir a la calle, el resplandor del sol le deslumbra. ¡Ni potrillo, ni yegua, ni hombre alguno por ninguna parte!... Mas bien pronto sus ojos ansiosos descubren allá, a lo lejos, la boina encarnada, bailoteando al compás del trote entre una nube de polvo.

Y en vano los caballones de barro seco le hacen tropezar y caer varias veces, en vano la emoción

trata de estrangularle, en vano le salen al encuentro los cuzcos odiosos de la lavandera; nada ni nadie puede detener a Mario en su carrera.

Antes de dos cuadras, ya ha puesto su voz al alcance de los oídos de aquel árbitro supremo de su felicidad, que va trotando mohino sobre una humilde yegua barrigona.

—¡Pst!, pst!... ¡Hombre!, ¡hombre!...

El mocetón, al oírle, detiene su cabalgadura y aguarda a Mario, contrayendo mucho las cejas:

—¿Qué querés, che?

—¡El potrillo!... ¡Quiero el potrillo! — exhala Mario entonces sofocado y a la vez que tiende sus dos brazos hacia el animal, como si pensara recibirlo en ellos, a la manera de un paquete de almacén.

El hombre hace una mueca ambigua:

—Bueno — dice, — agarrálo entonces... Y agrega en seguida mirándole las manos:

—¿Trajiste con qué?

Mario torna a ponerse rojo una vez más.

—No... yo no...

Y mira embarazado en torno suyo, como si esperase que pudiera haber por allí cabestros escondidos entre los yuyos...

—¡Cha que habías sido salame!...

Y el hombre, desmontando, va entonces a descolgar un trozo de alambre que por casualidad pende del cerco de cina-cina, mientras el niño le aguarda conmovido, pero sin remordimiento alguno, ya que si un gran rey llegó a ofrecer su

reino por un caballo, bien puede Mario, sin desmedro, trocar un salame por un potrillo...

II

¡Tan sólo Mario sabe lo que significa para él ese potrillo roano, que destroza las plantas, que muerde, que cocea, que se niega a caminar cuando se le antoja; que cierta vez le arrancó de un mordisco un mechón de la cabellera, creyendo sin duda que era pasto; pero que come azúcar en su mano y relincha en cuanto le descubre a la distancia!...

Es su amor, su preocupación, su norte, su luz espiritual... Tanto es así, que sus padres se han acostumbrado a usar del potrillo aquel, como de un instrumento para domeñar y encarrilar al chicuelo:

—Si no estudias, no saldrás esta tarde en el potrillo... Si te portas mal te quitaremos el potrillo... Si haces esto o dejas de hacer aquello...

¡Siempre el potrillo alzándose contra las rebeliones de Mario, como el extravagante lábaro de una legión invencible, en medio de la batalla!...

La amenaza puede tanto en su ánimo que de inmediato envaina sus arrogancias como un peleador cualquiera envaina su cuchillo a la llegada del comisario... ¡Y es que es también un encanto aquel potrillo roano, tan manso, tan cariñoso y tan mañero!...

El domador de “La Estancia” — hábil trenzador — le ha hecho un bozalito que es una maravilla, un verdadero y primoroso encaje de

tientos rubios, y poco a poco los demás peones, ya por cariño a Mario por emulación del otro, han ido confeccionando todas las demás prendas hasta completar un aperito que provoca la admiración de "todo el mundo".

¡Qué riendas, qué cabestro, qué rebenque, qué cojinillos, qué bastos, qué carona!... La encimerita no tiene un palmo de largo, y la cincha blanca, con argollas de bronce, ostenta las iniciales de Mario, bordadas en fino tiento...

¡Hay que ver al potrillo roano ensillado, "rienda arriba", en medio del patio, con bocado "de media", el lazo en el anca, la crin tuzada de "medio arco" y con tres "clavetes"!...

Para Mario, es el mejor de todos los potrillos y la más hermosa pro-

mesa de parejero que haya florecido en el mundo; y es tan firme su convicción a este respecto, que las burlas de su hermano Leo, que da en apodarar al potrillito roano "burrito" y otras lindezas por el estilo, le hacen el efecto de verdaderas blasfemias.

En cambio, cuando el capataz de "La Estancia" dice, después de mirar al potrillo por entre sus párpados entornados:

—Pa mi gusto, va a ser un animal de mucha presencia éste... — a Mario le resulta el capataz el hombre más simpático y el más inteligente...

III

El padre de Mario quiere hacer un jardín en el patio de "La Estan-

cia”, y como resulta que el “potrillo odioso” — que así le llaman ahora algunos, entre ellos la mamá del niño, tal vez porque le pisó unos pollitos recién nacidos — parece empeñado en oponerse al propósito a juzgar por la decisión con que ataca las tiernas plantitas cada vez que se queda suelto, se ha recomendado a Mario desde un principio que no deje de atarlo por las noches; pero resulta también que Mario se olvida que se ha olvidado ya tantas veces, que al fin una mañana, su padre, exasperado, le dice levantando mucho el índice y marcando con él el compás de sus palabras:

—El primer día que el potrillo vuelva a destrozar alguna planta, ese mismo día se lo echo al campo...

¡Ah, ah!... “¡Al campo!” “¡Echar al campo!...” ¡Sabe el padre de Ma-

rio, por ventura, lo que significa para el niño, eso de “echar al campo”?

...Sería necesario tener ocho años como él, pensar como él piensa y querer como él quiere a su potrillo roano, para apreciar toda la enormidad de la amenaza...

“¡El campo!... ¡Echar al campo!...” El campó es para Mario algo proceloso, infinito, abisma!; y echar el potrillo allí, tan atroz e inhumano como arrojar al mar a un recién nacido...

No es de extrañar, pues, que no haya vuelto a descuidarse y que toda una larga semana haya transcurrido sin que el potrillo roano infiera la más leve ofensa a la más insignificante florecilla...

IV

Despunta una radiosa mañana de febrero y Mario, acostado de través en la cama y con los pies sobre el muro, está “confiando” a su hermano Leo algunos de sus proyectos sobre el porvenir luminoso del potrillo roano, cuando su mamá se presenta inesperadamente en la alcoba:

—¡Ahí tienes! — dice muy agitada. — ¡Ahí tienes!... ¿Has visto tu potrillo?...

Mario se pone rojo y después pálido.

—¿Qué? ¿El qué, mamá?...

—¡Que ahí anda otra vez tu potrillo suelto en el patio y ha destrozado una porción de cosas!...

A Mario le parece que el universo se le cae encima.

—Pero... ¿cómo? — atina a decir. — Pero, ¿cómo?...

—¡Ah, no sé cómo — replica entonces la madre — pero no dirás que no te lo había prevenido hasta el cansancio!... Ahora tu padre...

—¡Pero si yo lo até!... ¡Pero si yo lo até!...

Y mientras con manos trémulas se viste a escape, Mario ve todas las cosas turbias, como si la pieza aquella se estuviese llenando de humo...

V

Un verdadero desastre. Jamás el potrillo se atrevió a tanto. No solamente ha pisoteado esta vez el césped de los canteros y derribado con el anca cierto parasol de cañas por el cual una enredadera comenzaba a trepar con gran donaire, sino que ha llevado su travesura hasta arran-

car de raíz, escarbando con el vaso, varias matas de claveles raros que había por allí, dispuestas en elegante losange...

—¡Qué has hecho! ¡Qué has hecho, “Nene”!...

Y como en un sueño, y casi sin saber lo que hace, Mario, arrodillado sobre la húmeda tierra, se pone a replantar febrilmente los claveles, mientras “el nene”, “el miserable”, se queda allí, inmóvil, con la cabeza baja, la hociguera del bozal zafada y un “no se sabe qué” de cínica despreocupación en toda “su persona”...

VI

... Como sonámbulo, como si pisase sobre un mullido colchón de lana, Mario camina con el potrillo del cabestro por medio de la ancha aveni-

da en pendiente y bordeada de altísimos álamos, que termina allá, en la tranquera de palos blanquizcos que se abre sobre la inmensidad desolada del campo bruto...

¡Cómo martilla la sangre en el cerebro del niño, cómo ve las cosas semiborradas a través de una niebla y cómo resuena aún en sus oídos la tremenda conminación de su padre!...

—¡Agarre ese potrillo y échelo al campo!...

Mario no llora porque no puede llorar, porque tiene la garganta oprimida por una garra de acero, pero camina como un autómeta, camina de un modo tan raro, que sólo la madre advierte desde el patio...

Y es que, para Mario, del otro lado de los palos de aquella tranquera está la conclusión de todo; está el

vórtice en el cual dentro de algunos segundos se van a hundir fatalmente, detrás del potrillo roano, él y la existencia entera...

Cuando Mario llega a la mitad de su camino, la madre no puede más y gime, oprimiendo nerviosamente el brazo del padre que está a su lado:

—Bueno, Juan... ¡Bueno!...

—¡Vaya!... ¡llámelo!...

Pero, en el momento en que Leo se arranca velozmente, la madre lanza un grito agudo y el padre echa a correr desesperado.

Allá, junto a la tranquera, Mario, con su delantal de brin, acaba de desplomarse sobre el pasto, como un blanco pájaro alcanzado por el plomo...

VII

...Algunos días después, y cuando Mario puede sentarse, por fin, en la cama, sus padres, riendo pero con los párpados enrojecidos y las caras pálidas por las largas vigili-
as, hacen entrar en la alcoba al potrillo roano, tirándole del cabestro y empujándolo por el anca...

Benito Lynch.

EL HOGAR PATERNO

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquélla a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los

placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuel-to de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor de sala de recibo con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de

mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros de óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera nos despertaban antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de

la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que multipli-

cándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre el que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo abri-llantado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y otros varios arbustillos fluorescentes. Así se realizaban en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña de Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre pasaban diaria-

mente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra, que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, tomadas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia del cultivo que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a nuestras objeciones con la violencia que se haría de dejarlas al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rincconcilio en que se ensayaban o preparaban los colores

para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos, se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando a la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar antes que el sol calentase las eras de legumbres y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrado por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta hu-

milde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico y poderoso, para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

Para completar este menaje, debo traer a colación dos personajes accesorios: la Toribia, una zamba criada en la familia; la envidia del barrio, la comadre de todas las comadres de mi madre, la llave de la casa, el brazo derecho de esa seño-

ra, el ayo que nos crió a todos, la cocinera, el mandadero, la revendedora, la lavandera y el mozo de manos para todos los quehaceres domésticos. Murió joven, abrumada de hijos, especie de vegetación natural de que no podía prescindir, no obstante la santidad de sus costumbres; y su falta dejó un vacío que nadie ha llenado después, no sólo en la economía doméstica, sino en el corazón de mi madre; porque eran dos amigas ama y criada, dos compañeras de trabajo, que discurrían entre ambas los medios de mantener la familia; reñían, disputaban, disentían y cada una seguía su parecer en ambas conducentes al mismo fin. ¡Qué pensar en sorprender a la cocinera los niños de vuelta de la escuela, con su mendrugillo de pan escondido, introduciéndonos en vía

y forma de visita, para soparlo en el caldo gordo del puchero! Si el tiro se lograba, era preciso tener listas las piernas y correr sin mirar para atrás hasta la calle, so pena de ser alcanzado por el más formidable cucharón de palo que existió jamás, y que se asentó por lo menos treinta veces en mi niñez sobre mis frágiles espaldas. La otra era ña Cleme, el pobre de la casa; porque mi madre, como la Rigoleta de Sué, que no se mezquinaba nada, tenía también sus pobres a quienes ayudaba con sus desperdicios a vivir. Pero el pobre de la familia era como la criada, un amigo, un igual, y un mendigo. Sentábanse mi madre y ña Cleme en el estrado, conversaban de gallinas, telas y cebollas, y cuando la infeliz quería pedir su limosna, decía invariablemente: "pues vóyeme yo", fra-

se que repetía hasta que algún harapo caído en desuso, en consideración a sus muchos servicios, alguna cemita redonda y sabrosa, una tela, si las había en casa, unos zapatos viejos, y allá por muerte de un obispo, un medio en plata, a falta de menores subdivisiones de la moneda, acudían a hacer cierto e inmediato el sacramental "vóyeme yo", que no era al principio más que una voz preventiva.

Domingo F. Sarmiento.

P O E S I A S

ACUARELA

Es la mañana: lirios y rosas
Mueve la brisa primaveral,
Y en los jardines las mariposas
Vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
Va a juntar flores para mamá,
Y es tan hermosa que hasta la aurora
Vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavelina,
De pensamientos y de arrayán,

Gira su traje de muselina,
Su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
Y cuando en ellas no caben más,
Con su tesoro de mil colores
Vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
Sus dos mejillas se ven brillar,
Y la persiguen las mariposas
Que en los jardines vienen y van.

Rafael Obligado.

P A X

Las dos hijas del rey, que eran rivales,
Quisieron, por salir de su quebranto,
Probar la fuerza de su mutuo encanto
En el cubil de los leones reales.

Gloria llegó: las trompas y timbales
Repitieron su nombre sacrosanto;
Los leones del rey rugieron tanto
Que a lo lejos temblaban los sauzales.

Sonrióse la gente cortesana
Al presentarse la princesa hermana;
Mas el asombro entró en los corazones

Cuando, afrontando la ironía aviesa,
Atravesó la pálida princesa
Entre un vasto silencio de leones.

Leopoldo Lugones.

CABALLITOS

Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.

.....

Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía,
toda sembrada de estrellas.

Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos
caballitos de madera.

Antonio Machado.

LOS POLLITOS

Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.

Va la gallina con los pollitos;
son tan redondos, tan redonditos,
tan afelpados, tan amarillos
como las flores del espinillo.

Todo lo miran, y picotean,
luego se esparcen listos y alegres,
mas si los llama la madre, acuden
como los niños más obedientes.

Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.

Fernán Silva Valdés.

EL CONSEJO MATERNAL

Ven para acá, me dijo dulcemente
Mi madre cierto día
(Aun parece que escucho en el ambiente
De su voz la celeste melodía).

—Ven y dime qué causas tan extrañas
Te arrancan esa lágrima, hijo mío,
Que cuelga de tus trémulas pestañas
Como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿No sabes que la madre más sencilla
Sabe leer en el alma de sus hijos
Como tú en la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
Que con un par de besos en la frente
Disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí a llorar. — Nada, le dije,
La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón, ¡y lloro!...

Olegario V. Andrade.

FABULAS

22

EL CONGRESO DE LOS RATONES

Desde el gran Zapirón, el blanco y rubio, que después de las aguas del diluvio fué padre universal de todo gato, ha sido Miauragato quien más sangrientamente persiguió a la infeliz ratona gente. Lo cierto es que, obligada de su persecución, la desdichada en Ratópolis tuvo su congreso. Propuso el elocuente Roequeso echarle un cascabel, y de esta suerte al ruido escaparían de la muerte.

El proyecto aprobaron uno a uno.
¿Quién lo ha de ejecutar? Eso ninguno.
“Yo soy corto de vista”. “Yo, muy viejo”.
“Yo gotoso”, decían. El consejo
se acabó como muchos en el mundo.

Proponen un proyecto sin segundo.
Lo aprueban. Hacen otro. ¿Qué portento!
¿Pero la ejecución? ¡Ahí está el cuento!

Félix Samaniego.

LOS RATONES

Juntáronse los ratones
para librarse del gato
y, después de un largo rato
de disputas y opiniones,
dijeron que acertarían
en ponerle un cascabel,
que, andando el gato con él,
guardarse mejor podrían.
Salió un ratón barbicano,
colilargo, hociquirromo,
y encrespando el grueso lomo,
dijo al senado romano,
después de hablar culto un rato:
—¿Quién de todos ha de ser
el que se atreva a poner
ese cascabel al gato?

Lope de Vega.

CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado próximo postra un extraño mal.
Caperucita Roja, la de los rizos rubios,
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz.

Le sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos.

“—Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas”.

Caperucita es cándida como los lirios blancos...

“—Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que deslíe manteca.

¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él”

Y después, por el bosque discurriendo encantada,

recoge bayas rojas, corta ramas en flor,

y se enamora de unas mariposas pintadas

que le hacen olvidarse del viaje del traidor...

El Lobo fabuloso de blanqueados dientes
 ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
 y golpea en la plácida puerta de la abuelita
 que le abre. (*A la niña ha anunciado el traidor*)
 Ha tres días el pérfido no sabe de bocado.
 ¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!
 ...Se la comió sonriendo, sabia y pausadamente
 y se ha puesto en seguida sus ropas de mujer.
 Tocan dedos menudos a la entornada puerta.
 De la arrugada cama dice el Lobo: “¿Quién va?”
 La voz es ronca. “¡Pero abuelita está enferma”,
 la niña ingenua explica. “—De parte de mamá”.
 Caperucita ha entrado olorosa de bayas.
 Le tiemblan en la mano gajos de salvia en flor.
 “Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho”.
 Caperucita cede al reclamo de amor.
 De entre la cofia salen las orejas monstruosas.
 “—¿Por qué tan largas?”, dice la niña con candor.
 Y el velludo engañoso, abrazado a la niña:
 “—¿Para qué son tan largas? Para oírte mejor”.
 El cuerpecito rosa le dilata los ojos.
 El terror en la niña los dilata también.
 “—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes
 [ojos?”
 “—Corazoncito mío, para mirarte bien...”
 Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
 tienen los dientes blancos un terrible fulgor.

“—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes
[dientes?]”

“—Corazoncito, para devorarte mejor...”

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón...

Gabriela Mistral.

EL COMPRADOR Y EL HORTERA

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá; sin duda, la contienda
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Tarija
líquidos un muchacho madrileño;
y otro, según la traza, lugareño,
fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza,
— dijo sin aprensión el forastero —
despáchame ligero,
lléname bien la alcuza.

—Cuando sepas hablar en castellano
— le replicó el hortera —

sabrás que lo que tienes en la mano
se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cría
— contestó el provincial enardecido —
alcuza siempre ha sido
y *alcuza* la nombramos en el día.

—En tierra — dijo el otro — de garbanzos,
corre por *aceitera* solamente,
y quien le ponga nombre diferente
ha nacido entre malvas y mastranzos.

El patán en sus trece se mantuvo:
le rechazaba el Horterilla listo:
se incomodaron, y hubo,
por consiguiente, la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos
cachetina siguió, larga y furiosa;
todo por una cosa
que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril extravagancia
es, pero, comunísima en el hombre,
no poner en disputa la substancia
y reñir por el nombre.

Juan E. Hartzenbusch.

BIBLIOTECA

I N D I C E

Pág.

LENGUAJE

Ejercicios de ortografía	7
VOCABULARIO. La casa y sus partes	15
Utensilios de la cocina y de la mesa ..	16
Vehículos marítimos y fluviales	18
Vehículos terrestres	22
El tren expreso, de R. de Campoamor	23
El viento	31
Palabras compuestas	33
RUDIMENTOS DE GRAMATICA.	
Noción de nombre	35
El número gramatical	37
El género gramatical	41
Uso del artículo	42
Nombres y acciones	44

	Pág.
Idea de sujeto y predicado	45
Cópula y predicado nominal	46
El verbo :	47
Los verbos irregulares	51
Ejercicios de coordinación	55
Los signos de interrogación	59
Los signos de admiración	60
El punto	61
La coma	62
Cartas breves (billetes)	65

LITERATURA

PROSA

El buen hombre y su hijo, de Juan Manuel	69
Los tres hijos del rey moro, de Juan Manuel	77
El paño maravilloso, de Juan Manuel	89
El potrillo roano, de Benito Lynch ...	103
El hogar paterno, de D. F. Sarmiento	125

POESIAS

Acuarela, de Rafael Obligado	139
Pax, de Leopoldo Lugones	141
Caballitos, de Antonio Machado	143
Los pollitos, de F. Silva Valdés	144

	Pág.
El consejo maternal, de Olegario V. Andrade	145

FABULAS

El congreso de los ratones, de Félix Samaniego	149
Los ratones, de Lope de Vega	151
Caperucita Roja, de Gabriela Mistral .	152
El comprador y el hortera, de Juan E. Hartzenbusch	155





ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS DE LA
EDITORIAL TOR EL DIA 15
DEL MES DE MARZO DEL
AÑO MIL NOVECIENTOS
CUARENTA

